

Las estaciones de los ansarac - Úrsula K Le Guin

A las águilas pescadoras del puente McKenzie,

cuyo estilo de vida ha inspirado esta historia.

Una vez hablé durante mucho rato con un viejo ansarac. Me encontré con él en su albergue interplanar, que está en una gran isla en mitad del Gran Océano del Oeste, muy alejada de las rutas migratorias de los ansarac. Por aquellos tiempos era el único lugar permitido para los visitantes de otros planos.

Kergemmeg vivía allí trabajando como anfitrión nativo y como guía para enseñar a los visitantes un poco del color local, aunque, por otra parte, el lugar era como cualquier otra isla tropical de cien planos más: solariego, ventoso, tranquilo, bonito, lleno de árboles frondosos, grandes playas de arenas doradas y altas olas de un color azul verdoso y espuma blanquísima rompiendo contra los arrecifes, más allá de la aguas tranquilas.

La mayoría de los visitantes llega allí con la intención de navegar, pescar, pasear por la playa, y beber ü fermentada, y no tienen interés alguno en el plano, o en el nativo solitario que se encuentra allí. Al principio, al verlo, los visitantes le hacen fotos porque tiene una figura muy llamativa: casi dos metros y medio de altura, delgado, fuerte, desmañado, un poco encorvado por la edad, con la cabeza estrecha, larga y redondeada, los ojos negros y dorados, y un pico. Un pico en mitad de la cara impide que ésta sea tan expresiva como aquellas que tienen la nariz y la boca separadas, pero los ojos y las cejas de Kergemmeg revelan sus sentimientos con total claridad. Puede ser viejo, pero es un hombre vehemente.

Kergemmeg estaba un poco aburrido y solo entre tanto turista indiferente, y cuando se dio cuenta de que yo era una oyente predispuesta (claro que no era ni la primera ni la última, pero entonces era la única), dedicó tiempo a explicarme cosas de su gente, sentados frente a un vaso alto de ü helado durante los largos y tranquilos crepúsculos, bajo la obscuridad purpúrea salpicada por la luz de las estrellas, el brillo de las olas llenas de criaturas luminosas, y el titilar de miríadas de luciérnagas entre las hojas de los frondosos árboles.

—Desde tiempos inmemoriales —dijo—, los ansarac hemos seguido un Camino. Madan —lo llamó—. El camino de mi gente, el modo en que se hacen las cosas, lo que son las cosas, la manera de actuar, lo que siempre está detrás de la palabra.

Como la nuestra, su palabra «siempre» tiene diversos significados.

—Pero llegó un momento en que nos apartamos de nuestro Camino —dijo—, aunque sólo durante un corto período de tiempo. Ahora volvemos a hacer lo que siempre hemos hecho. La gente te dice: «nosotros siempre lo hemos hecho así», y entonces te das cuenta de que su «siempre» significa una generación o dos, o un siglo o dos, o a lo sumo un milenio o dos. Las costumbres culturales son pasajeras comparadas con las tradiciones y los hábitos del cuerpo y de las especies. Existen realmente muy pocas cosas que hayan hecho siempre los seres humanos de nuestro plano, excepto procurarse comida y bebida, dormir, cantar, hablar, procrear, alimentar a los niños y, probablemente, unirse en grupos de diversa magnitud. De hecho, es una característica de nuestra esencia humana los pocos imperativos conductuales que seguimos, y lo flexibles que somos para buscar nuevas cosas que hacer, nuevos caminos que tomar. Cuán desesperada, inventiva, ingeniosamente, buscamos el camino correcto, el verdadero camino, el Camino que creemos haber perdido hace tiempo entre las miríadas de novedades, oportunidades y opciones...

Los ansarac habían elegido algo diferente a nosotros, quizá más limitado. Pero tiene su interés.

Su mundo tiene un sol más grande que el nuestro y está más alejado de él, así que, aunque su giro e inclinación son muy parecidos a los de la Tierra, su año dura aproximadamente veinticuatro veces más que el nuestro. Y las estaciones son asimismo largas y lentas, cada una de ellas dura seis de nuestros años.

En cada plano y en cada clima que tiene una primavera, la primavera es el tiempo de la reproducción, cuando nace la nueva vida; y para las criaturas cuya vida dura sólo unas estaciones o unos años, la llegada de la primavera también es época de celo, el momento en que empieza la nueva vida. Y así es para los ansarac, cuyo período vital es, en sus términos, de tres años.

Habitan dos continentes, uno en el ecuador y un poco al norte de éste, y el otro que se alarga hacia el Polo Norte; ambos están unidos por un largo y montañoso puente de tierra, como las dos Américas, aunque a una escala menor. El resto del mundo es océano, con algunos archipiélagos y grandes islas esparcidas, sin población humana alguna, excepto en la isla utilizada por la agencia Interplanar.

—El año empieza —dijo Kergemmeg— cuando en las ciudades de las llanuras y de los desiertos del sur los Sacerdotes del Año pronuncian la palabra y una gran muchedumbre se congrega en lo alto de cierta torre para ver el sol en su cúspide o al alba lanzan una flecha de luz a cierto objetivo: el momento del solsticio.

»Entonces el creciente calor agostará los prados del sur y las praderas de cultivos silvestres, y en la larga estación seca bajará el nivel de los ríos y se secarán los pozos de las ciudades. La primavera sigue al sol hacia el norte, fundiendo la nieve de las colinas lejanas, llenando los valles de verde... Y los ansarac seguirán al sol. “Bueno, yo me voy”, se dicen los viejos amigos por las calles de la ciudad. “¡Te veré por ahí!”. Y los jóvenes, los que ya casi tienen un año (para nosotros personas de veintiuno o veintidós) dejan sus casas y sus grupos de amigos, colegas y clubes deportivos, y buscan, entre el laberinto de complejos de apartamentos, viviendas comunales y pensiones de la ciudad, a uno u otro de los padres de los que proceden. Paseando distraídamente dicen “Hola, papá” u “Hola, madre. Parece que todo el mundo va hacia el norte”. Y el progenitor, con cuidado de no insultarlo ofreciéndole orientación sobre la larga ruta que él mismo emprendió cuando tenía la mitad de edad, dice: “Sí, he pensado que estaría muy bien que vinieras con nosotros. Tu hermana está en la otra habitación, haciendo el equipaje”.

Así que solos, en parejas o en tríos, las personas abandonan la ciudad. El éxodo es un proceso largo sin orden ni concierto. Algunos parten justo después del solsticio, y otros dicen: «Pero ¡qué prisa tienen!», o «Shenenne quiere llegar la primera sólo para poder apropiarse de la vieja casa». Algunas personas se quedan en la ciudad hasta que está casi vacía, y aun así no se deciden a dejar las calles calientes y silenciosas, las tristes y sombrías plazas abandonadas, tan llenas de gente y música durante la primera mitad del año. Pero antes o después todos se plantan en las carreteras que los llevan hacia el norte. Y una vez se ponen en marcha, lo hacen con rapidez.

Muchos sólo llevan lo que cabe en una mochila o lo que es capaz de cargar un rubac (según la descripción de Kergemmeg, «rubac» es una suerte de animal pequeño y peludo, como un asno). Algunos comerciantes que se han enriquecido en sus viajes durante la estación seca reúnen caravanas enteras de rubac cargadas de género y tesoros. Aunque la mayoría de las personas viajan solas o en pequeños grupos familiares, en los caminos más transitados caminan unos junto a otros en grupos bastante apretados y numerosos.

En ocasiones, los grupos más grandes forman filas en los lugares donde la marcha es más dura, y las personas más viejas y más débiles necesitan ayuda y que les lleven la comida.

No hay niños en el camino del norte.

Kergemmeg no sabía cuántos ansarac hay, pero suponía que unos centenares de miles, quizá un millón. Todos ellos se unen a la migración.

Cuando entran en las montañosas Tierras Medias, no lo hacen agrupados, sino a través de centenares de senderos diferentes, algunos seguidos por muchos, otros por sólo algunos, unos están claramente marcados y otros son tan secretos que sólo las personas que han pasado por ellos antes pueden encontrarlos.

—Entonces es cuando es bueno llevar en el grupo a alguien de tres años de edad —dijo Kergemmeg—. La gente que recorre el camino por segunda vez.

Viajan muy ligeros y muy rápidos. Se alimentan de la tierra excepto en las áridas alturas de las montañas donde, como dijo él, «aligeran sus mochilas». Y allí arriba, en esos estrechos pasos montañosos y cañones profundos, es donde los rubac de las caravanas de los comerciantes empiezan a tambalearse y a temblar, muriendo a veces de agotamiento y frío. Si un comerciante aún intenta conducirlos, la gente del camino los descarga y los suelta y dejan que sus propias bestias de carga se vayan con ellos. Los animalillos renquean y se abren paso con dificultad hacia el sur, de vuelta al desierto. Los bienes que cargan se dejan a los lados del camino para que los aprovechen los demás; pero nadie coge más que el alimento necesario. No quieren llevar carga, reduciría la velocidad de la marcha. Está llegando la primavera, la primavera fresca y dulce, se posa en los verdes valles y en los bosques, en los lagos, en los ríos luminosos del norte, y ellos quieren estar allí cuando llegue.

Escuchando a Kergemmeg, imaginé que si se pudiera ver esa migración desde arriba, con todas esas personas recorriendo mil caminos y senderos, sería como ver nuestra costa noroeste en primavera uno o dos siglos atrás, cuando desde el más grande de los ríos hasta el arroyo más diminuto de Columbia se volvían de color rojo con el último viaje de los salmones.

Cuando alcanza su meta, el salmón desova y muere, y también algunos ansarac vuelven a casa a morir: los que hacen su tercera migración al norte, los que tienen tres años, que para nosotros serían como personas de setenta y pico.

Algunos de ellos no recorren todo el camino. Extenuados por las privaciones y el duro trayecto, se quedan atrás. Si un ansarac se encuentra con un hombre o mujer viejos sentado a medio camino, puede cruzar con ellos una palabra o dos, ayudarle a levantar un pequeño refugio o darle un poco de comida, pero no le instan a que continúe. Si el viejo está muy débil o enfermo, el ansarac puede esperar una noche o dos, incluso, hasta que quizá otro ocupe su lugar. Si encuentran a un muerto en el borde del camino, entierran el cuerpo. Tumbado de espaldas, con los pies hacia el norte: en dirección al hogar.

Hay muchas, muchas tumbas en los caminos hacia el norte, dijo Kergemmeg. Nunca nadie ha hecho una cuarta migración.

Los jóvenes, los que llevan a cabo su primera o segunda migración, caminan de prisa, se agolpan en los pasos altos de las cumbres, y se extienden por miríadas de caminos a través de las praderas a medida que las Tierras Medias se ensanchan al norte de las montañas. Al llegar al norte propiamente dicho, grandes ríos de gente se dividen en miles de riachuelos, que viran al este y al oeste.

Al alcanzar esa región de bellas colinas donde la hierba y los árboles acaban de florecer, un pequeño grupo se detiene.

—Bueno, ya estamos —dice la madre—. Es aquí.

Tienen lágrimas en los ojos y ríen de esa manera suave, entrecortada y traqueteante de los ansarac.

—Shuku, ¿recuerdas este lugar?

Y la hija, que tenía menos de un año cuando se fueron de allí —once de los nuestros— mira a su alrededor con una mezcla de asombro e incredulidad, y ríe, y llora.

—Pero ¡era mucho más grande!

Entonces quizá Shuku mira a través de esos prados familiares donde nació hacia el refugio del vecino más cercano y se pregunta si Kimimmid y su padre, que viajaron con ellos durante unas cuantas noches y después siguieron adelante, habrían llegado ya, si estarían allí, y si era así, si Kimimmid se pasaría a saludarla.

Las personas que habían vivido tan arracimadas, en total e incesante promiscuidad social en las Ciudades Bajo el Sol, compartiendo habitaciones, compartiendo camas, compartiendo trabajo y juegos, haciéndolo todo juntos en grupos y multitudes, ahora tienen que separarse, familiar de familiar, amigo de amigo, e irse a una casa en los prados, pequeña y apartada, o más al norte, en las colinas, o incluso mucho más al norte, en las orillas de los lagos.

Pero aunque ellos se extienden tanto como el contenido de un reloj de arena al romperse, las ataduras que los unen no se rompen, sólo cambian. Ahora no van juntos, no van en grupos ni multitudes, no van en decenas y cientos y miles, sino de dos en dos.

—¡Bueno, aquí estás! —dice la madre de Shuku, mientras el padre de Shuku abre la puerta de la casita en el linde de la pradera—. Nos llevabas unos cuantos días de ventaja.

—Bienvenidos a casa —dice él con gravedad.

Le brillan los ojos. Los dos adultos se toman de la mano y levantan sus estrechas y picudas cabezas ligeramente, en un saludo particular, más íntimo que el saludo formal. De repente, Shuku los recuerda haciendo lo mismo cuando ella era sólo una niña, cuando vivían allí, tiempo atrás. Allí, donde ella nació.

—Kimimmid preguntó por ti justo ayer —le dice a Shuku su padre, riendo suave y entrecortadamente.

Llega la primavera, está dentro de ellos. Ahora llevarán a cabo las ceremonias primaverales.

Kimimmid atraviesa el prado para visitarlos. Él y Shuku conversan, caminan juntos por la llanura y bajan hacia el arroyo. Entonces, después de un día o de una semana o dos, él le pregunta si le gustaría bailar.

—Oh, no sé... —dice ella, pero viéndolo allí, alto y erguido, con la cabeza levemente inclinada hacia atrás en una postura lista para empezar el baile, ella también se levanta; al principio baja la cabeza, aunque permanece erguida y con los brazos a los lados; pero entonces ella también quiere echar la cabeza hacia atrás, más atrás, para extender mucho los brazos, mucho... para bailar, para bailar con él...

¿Y qué hacen los padres de Shuku y los padres de Kimimmid, en el jardín trasero, o fuera, en el viejo huerto, sino lo mismo? Se miran, levantan sus cabezas orgullosas y enjutas y entonces el hombre da un salto con los brazos elevados por encima de la cabeza, un gran salto y una inclinación, una reverencia... y la mujer también se arquea... Y así empieza el baile del cortejo. Ahora, todas las personas que habitan el continente del norte están bailando.

Nadie se mete entre las parejas más viejas que vuelven a cortejarse, a rehacer su matrimonio. Pero Kimimmid tiene que estar muy atento. Un hombre joven llega atravesando el prado una tarde, un joven al

que Shuku nunca ha visto antes; su lugar de nacimiento está a algunos kilómetros de distancia. Ha oído hablar de la belleza de Shuku. Se sienta y habla con ella. Le dice que está construyendo su nueva casa, en un bosquecillo, un lugar precioso, más cerca del hogar de ella que del suyo. Le gustaría que Shuku le diese su opinión respecto a la casa. Le gustaría mucho bailar con ella alguna vez. ¿Quizá esa tarde, sólo un poco, un paso o dos, antes de que se vaya?

Él es un bailarín maravilloso. Bailando con él sobre la hierba un atardecer de esa primavera recién llegada, Shuku se siente volar arrastrada por un poderoso viento, y cierra los ojos, y sus brazos se elevan a los lados mecidos por la corriente y sus manos encuentran las de él...

Sus padres vivirán juntos en la casa del prado; no tendrán más hijos, porque ese tiempo ha terminado para ellos, pero harán el amor tan a menudo como cuando se conocieron. Shuku elige a uno de sus pretendientes, al nuevo, de hecho. Se va a vivir con él y hacen el amor en la casa que terminarán de construir juntos. La casa, el baile, cultivar el huerto o el jardín, comer, dormir, todo lo que hacen juntos se convierte en hacer el amor. Y en el tiempo justo Shuku se queda embarazada; y en el tiempo justo tiene dos bebés. Nacen cada uno metido en una dura y blanca membrana o caparazón. Ambos padres rasgan la cáscara protectora, la abren con las manos y los picos, librando al recién nacido, acurrucado y diminuto, que levanta su pico mínimo y pía ciegamente mientras abre la boca, ávido de comida, de vida.

El segundo bebé, más pequeño, no tiene hambre, no crece. Aunque Shuku y su marido lo alimentan con cuidado y cariño, y aunque la madre de Shuku va a quedarse un tiempo con ellos y alimenta al pequeño de su propio pico y lo mece incansablemente cuando llora, éste sigue triste y se debilita.

Una mañana, en los brazos de su abuela, el bebé se retuerce, boquea sin respiración, y después se queda inmóvil.

La abuela llora amargamente, recordando al hermano de Shuku, que ni siquiera llegó a vivir tanto, e intenta consolar a Shuku. El padre del bebé excava una pequeña tumba en la parte de atrás de la nueva casa, entre los árboles que ya han echado brotes en esa larga primavera, y las lágrimas caen de sus ojos mientras cava. Pero el otro bebé, la niña grande, Kikirri, gorjea y castañetea el pico y come y crece.

Con el tiempo Kikirri ya se pone de pie y grita «¡Pa!» a su padre y «¡Ma!» a su madre y a su abuela y «¡No!» cuando le dicen que deje de hacer lo que está haciendo. Y Shuku tiene otro bebé. Como muchas segundas concepciones, es un semifracaso. Un muchacho delgado, pequeño, pero ávido de vida. Crece con rapidez.

Será el último de los hijos de Shuku. Ella y su marido harán el amor todavía, siempre que quieran, en el placentero y cómodo tiempo de las flores y las frutas, en los días calurosos y en las noches apacibles, al fresco bajo los árboles y fuera, bajo el ruidoso calor del prado en los mediodías de verano, pero será, como dicen ellos, amor carnal; nada nacerá de él, aunque seguirá siendo amor.

Los niños de los ansarac sólo nacen al principio de la primavera del norte, poco después de que sus padres hayan llegado a su lugar de nacimiento. Algunas parejas tienen cuatro niños, y muchas tres; pero a menudo, si los dos primeros crecen, no hay una segunda concepción.

—Así os ahorraréis la maldición de nuestra superpoblación —le dije a Kergemmeg cuando me lo contó; y cuando, a mi vez, yo le conté un poco sobre mi plano, estuvo de acuerdo.

No obstante, no quiso que yo creyera que un ansarac no tiene opciones sexuales o reproductoras. La pareja de hombre y mujer es la norma, pero esa norma se desobedece y se cambia y se rompe, y siguió hablando de esas excepciones. Muchas parejas se forman entre dos hombres o dos mujeres. Esas uniones y otras que no tienen hijos, a menudo reciben un bebé de una pareja que tiene tres o cuatro, o crían a un niño huérfano.

Hay personas que no tienen compañero y personas que tienen varios a la vez, o uno después de otro. Hay adulterio, por supuesto. Y existe la violación. Es peligroso ser una muchacha entre los últimos emigrantes que parten del sur, porque el deseo sexual ya es muy fuerte en ellos, y las mujeres jóvenes son violadas en masa demasiado a menudo y llegan a su lugar de nacimiento embrutecidas, solas y embarazadas. Un hombre que no encuentra compañera o que ya no quiere a su esposa puede dejar la casa e irse como vendedor ambulante de agujas e hilo, o como afilador; se da la bienvenida a tales vagabundos por lo que ofrecen, pero se desconfía de sus motivos.

En una de esas brillantes tardes purpúreas, mientras hablábamos en el porche con la suave brisa del mar soplando, le pregunté a Kergemmeg por su propia vida. Había seguido el Madan, la regla, el Camino, en todos los aspectos menos en uno, me dijo. Se apareó después de su primera migración hacia el norte. Su mujer tuvo dos hijos, ambos de la primera concepción, una niña y un niño que, por supuesto, fueron al sur con ellos cuando tocó. La familia entera se reunió en su segunda migración hacia el norte, y ambos hijos se habían casado ya, así que él pudo conocer a sus cinco nietos.

Él y su esposa habían pasado la mayoría de su tercera estación en el sur, en distintas ciudades; ella, profesora de astronomía, se había ido más al sur, al Observatorio, mientras que él se quedó en Terke Keter para estudiar con un grupo de filósofos. Ella murió de repente, de un infarto. Él asistió a su entierro. Poco después, él viajó al norte con su hijo y nietos. «No la eché de menos hasta que volví a casa», dijo en un tono neutro. «Volver a nuestro hogar, vivir sin ella, eso es algo que no puedo hacer. Me enteré de que buscaban a alguien en esta isla para recibir a los extranjeros. Había estado pensando en una buena manera de morirme, y esto parecía una suerte de punto a mitad del camino. Una isla en mitad del océano, sin ninguno de los míos en ella... ni una vida del todo, ni una muerte del todo. La idea me divirtió. Así que aquí estoy». Debía de tener más de tres años de los ansarac; unos ochenta de los nuestros, aunque sólo la ligera inclinación de sus hombros y el color plateado de su cresta demostraba su edad.

Durante la siguiente noche me habló de la migración hacia el sur. Me describió cómo un ansarac siente cuándo empiezan a menguar los días calurosos del verano norteño. El trabajo de la cosecha está hecho, el grano guardado en cajas herméticas para el año próximo, las raíces comestibles de crecimiento lento plantadas durante el invierno ya están listas para brotar en primavera; los niños crecen, activos, inquietos y aburridos dentro de casa, y cada vez más dispuestos a salir y a hacerse amigos con los hijos de los vecinos. La vida es dulce pero igual, siempre igual, y el amor carnal ha perdido su urgencia. Una noche, una noche nublada de viento frío, tu esposa, tendida en la cama a tu lado, suspira y murmura, «¿Sabes? Echo de menos la ciudad».

Y entonces te sumerges de nuevo en esa gran ola de luz y de suave calor (la muchedumbre, y las anchas calles llenas de personas, y la Torre del Año sobresaliendo por encima de todo), los estadios de deporte ardiendo a la luz del sol, las plazas por la noche, llenas de farolas encendidas y de música donde uno se sienta a las mesas de los cafés a beber y a charlar hasta la madrugada (los viejos amigos, amigos en los que no se ha pensado en todo este tiempo, y los desconocidos). ¿Cuánto tiempo hace que no se ve una cara nueva? ¿Cuánto tiempo hace que no se oye una idea nueva o que se tiene un pensamiento nuevo? ¡Es el momento de la ciudad, el momento para perseguir al sol!

—Querida —dice la madre—, no podemos llevarnos toda tu colección de piedras al sur, elige sólo las más especiales.

Y la niña protesta:

—Pero ¡ya cargaré yo con ellas! ¡Lo prometo!

Obligada finalmente a ceder, busca un lugar especial y secreto para esconder sus piedras hasta que vuelva, sin imaginarse siquiera que el próximo año, cuando esté de regreso, no le importará su colección infantil de piedras, y que apenas será consciente de que ha empezado a pensar constantemente en el gran viaje y en las tierras desconocidas. ¡La ciudad! ¿Qué haces en la ciudad? ¿Hay colecciones de piedras allí?

—Sí —dice el padre—. En los museos hay muchas colecciones bonitas. Cuando vayas a la escuela te llevarán a los museos.

—¿A la escuela?

—Te encantará —dice su madre con absoluta certeza.

—La escuela es la mejor época de la vida —dice tía Kekki—. A mí me gustaba muchísimo la escuela, creo que este año volveré a la escuela a enseñar.

La migración hacia el sur es un asunto completamente diferente de la migración hacia el norte. No es una dispersión sino una agrupación, una reunión. No se hace al azar sino con un orden, planeado de antemano por todas las familias de una región durante muchos días. Se ponen en marcha cinco o diez o quince familias, y acampan juntos por la noche. En los carritos de mano y en las parihuelas llevan comida suficiente, utensilios de cocción, combustible para hacer fuego en las llanuras sin árboles, ropa de abrigo para los pasos de montaña y medicinas para las enfermedades que se presenten por el camino.

No hay viejos en la migración hacia el sur; nadie que tenga más de nuestros setenta años. Aquellos que ya han hecho tres migraciones se quedan atrás. Se agrupan en granjas o en pequeñas aldeas que han ido creciendo alrededor de las granjas, o viven el final de sus vidas con su compañero, o en soledad, en la casa donde vivieron las primaveras y veranos de sus vidas. (Creo que cuando Kergemmeg dijo que había seguido el Camino de su gente en todos los aspectos menos uno se refería a que no se había quedado en casa sino que se había ido a la isla). La «separación invernal», como la llamó, entre la juventud del viaje al sur y la vejez de la permanencia en casa es dolorosa. Es estoica. Es como debe ser.

Sólo aquellos que se quedan atrás verán alguna vez la gloria del otoño en las tierras del norte, la dimensión azul de crepúsculo, los primeros tenues esbozos de hielo en el lago. Algunos dejan pinturas o escriben cartas que lo describen para los hijos y nietos que no volverán a ver. La mayoría muere antes de la larga obscuridad y del frío del invierno. Nadie sobrevive al invierno.

Cada grupo que emigra, a medida que baja hacia las Tierras Medias, se une a otros que llegan del este y del oeste, hasta que una noche centellean las luces de las hogueras del campamento iluminando la gran pradera de horizonte a horizonte. La gente canta alrededor de las fogatas, y las suaves melodías se ciernen en la obscuridad entre los pequeños fuegos y las estrellas.

En el viaje al sur no se dan prisa. Primero siguen la corriente tranquilamente, no cubren mucha distancia cada día, aunque no dejan de moverse. Cuando alcanzan las estribaciones de las montañas, la gran masa se divide de nuevo y toma muchos caminos diferentes, menguando, porque resulta más agradable ser pocos al recorrer un sendero que caminar tras un gran número de personas y tragarse el polvo que levantan y pisar la basura que dejan.

En las alturas y en los pasos donde sólo existe un camino, tienen que unirse de nuevo. Dan lo mejor de sí mismos, se saludan alegremente y se ofrecen a compartir comida, fuego, y cobijo. Son amables con los niños, los que aún tienen medio año, que encuentran los caminos de montaña muy empinados y se asustan a menudo; así que reducen la marcha para que no se cansen. Y una tarde, cuando parece que se han esforzado al límite subiendo la montaña, cruzan un paso alto, pedregoso y cambia la perspectiva; ven la Cara

Sur, o el Pico de Dios, o el Tor. Allí permanecen de pie, mirando a lo lejos y hacia abajo, hacia los dorados niveles iluminados por el sol del sur, hacia los interminables campos de grano silvestre, y más allá, hacia las apenas visibles manchas purpúreas; los muros y torres de las Ciudades Bajo el Sol.

Durante el camino restante van más rápido y comen menos, y el polvo de su marcha forma una gran nube tras ellos. Hasta que llegan a las ciudades; hay nueve; Terke Keter es la más grande, permanentemente llena de arena y silencio y luz solar. Desaparecen tras verjas y puertas, llenan las calles, encienden las luces, vacían el agua de los pozos rebosantes, extienden su ropa de cama en las habitaciones vacías, se llaman de ventana a ventana, y de terraza a terraza.

La vida en las ciudades es tan diferente de la vida en los lugares de origen que los niños no pueden creerlo; se sienten inquietos y desconfían; no les gusta. Es demasiado ruidosa, se quejan. Hace mucho calor. No hay ningún lugar donde estar solo, dicen. Las primeras noches lloran de nostalgia. No obstante, empiezan a ir a la escuela en cuanto ésta está organizada, y allí se encuentran con todos los chicos de su edad, tan inquietos y desconfiados y vergonzosos e impacientes y salvajes y entusiasmados como ellos mismos. En casa, todos habían aprendido de sus padres a leer, a escribir, y un poco de aritmética, así como algo de carpintería y a cultivar la tierra; pero aquí asisten a clases avanzadas, y, sobre todo, hay bibliotecas, museos, galerías de pintura, conciertos de música, profesores de arte, de literatura, de matemáticas, de astronomía, de arquitectura, de filosofía (y deportes de todos tipos, juegos, gimnasia, y en alguna parte de la ciudad hay una sala de baile abierta todas las noches), aquí está todo el mundo, todo el mundo apiñado entre esas paredes amarillas, todos reunidos y hablando y trabajando y pensando juntos en un caldo de cultivo interminable de mentes y ocupación física.

Los padres raramente viven juntos en las ciudades. Allí la vida no se vive en pareja sino en grupo. Se separan, van con sus amigos, se divierten, se ocupan de sus profesiones y ven a su pareja de vez en cuando. Los niños se quedan al principio con uno de los padres, pero pasado un tiempo quieren estar solos e irse vivir a una de esas madrigueras para la gente joven, a las casas comunales, y también a los dormitorios universitarios. Los jóvenes de ambos sexos viven juntos hasta que se convierten en hombres y mujeres. El género no importa demasiado donde no hay sexo. Porque lo hacen todo bajo el sol en las Ciudades Bajo el Sol, excepto el amor.

Aman, odian, aprenden, construyen, reflexionan, trabajan duramente, juegan; disfrutan apasionadamente y sufren desesperadamente, viven una vida plena y nunca piensan en el sexo; a menos que, como dijo Kergemmeg con perfecta cara de póquer, sean filósofos.

Sus logros, sus hazañas como personas, están todos en las Ciudades Bajo el Sol cuyas torres y edificios públicos, tal como vi en un libro de dibujos que me mostró Kergemmeg, varían desde la pureza austera a la ferviente magnificencia. Allí se escriben sus libros, su pensamiento y religión toman allí forma a lo largo de los siglos. Su historia, su continuidad como cultura, está allí.

Lo que les queda en el norte es su continuidad como seres vivos.

Kergemmeg me dijo que mientras están en el sur no echan de menos su sexualidad. Tuve que tomarme sus palabras como lo que eran —aunque fuera tan difícil de imaginar—, simplemente una descripción.

Y cuando intento explicar aquí lo que él me dijo, da la impresión errónea de que estoy explicando la vida en sus ciudades como un absoluto celibato o un estricto ejercicio de castidad: pero estas palabras implican una obligación o una resistencia voluntaria contra el deseo.

Donde no hay deseo no hay resistencia, no hay abstinencia, sino lo que se podría llamar, en un sentido radical de la palabra, inocencia. Su vida matrimonial es una memoria vacía para ellos, un sinsentido.

Si en el sur una pareja permanece unida, o se encuentra a menudo, es porque son, insólitamente, buenos amigos, aunque también se quieran. Pero también quieren a otros amigos. Nunca se separan de los demás. Hay muy poca intimidad en las grandes casas de apartamentos de las ciudades; nadie se preocupa por ello. La vida allí es colectiva, activa, sociable, gregaria y llena de placeres.

Pero poco a poco los días se van haciendo más calurosos y el aire más seco; flota una cierta inquietud en el ambiente. Las sombras empiezan a cambiar. Y las muchedumbres llenan las calles para escuchar a los Sacerdotes del Año anunciar el solsticio y mirar la puesta de sol. Y después se ponen en camino. La gente empieza a dejar las ciudades, una persona se va de aquí, una pareja de allí, una familia entera de más allá... Ha empezado de nuevo la agitación, ese suave ronroneo hormonal en la sangre, ese primer y vago anhelo íntimo o recuerdo, que sabe que el reino del cuerpo está al llegar. Los jóvenes persiguen ese conocimiento ciegamente, sin saber que ya lo conocen. Los matrimonios regresan juntos, arrastrados por el despertar de todos sus recuerdos, intensamente dulces. ¡Vuelven al hogar, vuelven a casa para estar juntos!

Todo lo aprendido y hecho durante esos miles de días y noches en las ciudades queda tras ellos, registrado, guardado. Hasta que vuelvan al sur de nuevo...

—Por eso era fácil dejarlo de lado —dijo Kergemmeg—. Porque nuestras vidas en el norte y el sur son tan diferentes como parecen, y a vosotros os parecen incluso incoherentes, incompletas. Y no podemos conectarlas racionalmente. No podemos explicar o justificar nuestro Madan a los que viven un solo tipo de vida. Cuando los bayderac vinieron a nuestro plano nos dijeron que nuestro Camino era el instinto, nada más, y que vivimos como los animales. Nos avergonzamos.

(Más tarde busqué los «bayderac» de Kergemmeg en la Enciclopedia Planaria, donde encontré una entrada para los «beidr», del plano Unon, una gente agresiva y emprendedora con grandes avances tecnológicos, que había tenido más de un problema con la agencia Interplanar por interferir en otros planos. La guía turística les asigna los símbolos que significan «de interés especial para ingenieros, programadores de ordenadores, y analistas de sistemas»).

Kergemmeg habló de ellos con una suerte de lástima. Le cambió la voz, se le tensó. Él era sólo un niño cuando llegaron: los primeros visitantes de otro plano. Ha pensado en ellos durante todo el resto de su vida.

—Nos dijeron que debíamos tomar las riendas de nuestras vidas. No debíamos vivir dos medias vidas separadas sino vivir siempre la totalidad, durante todo el año, ya que todos los seres inteligentes lo hacen así. Ellos eran grandes personas, dominaban el conocimiento, poseían una ciencia avanzada y una vida cómoda y lujosa.

»Para ellos, nosotros éramos en realidad poco más que animales. Nos explicaron y mostraron cómo vivía la gente de otros planos. Vimos que no disfrutar del sexo durante la mitad de nuestra vida era una estupidez.

»Vimos que era una estupidez gastar tanto tiempo y energía yendo a pie hacia el sur y hacia el norte, cuando podíamos hacerlo en barco, o en coche por la carretera, o en aviones, e ir y volver cientos de veces al año si queríamos.

»Vimos que podíamos construir ciudades en el norte y nuestros hogares en el sur. ¿Por qué no? Nuestro Madan era un desperdicio y era irracional, un simple impulso animal que nos controlaba. Todo lo que teníamos que hacer para librarnos de él era tomar la medicina que nos darían los bayderac. Nuestros niños no necesitarían tomarla, porque podrían ser alterados genéticamente por la ciencia bayderac. Así podríamos tener deseo sexual hasta que envejeciéramos, como los bayderac. Y una mujer podría quedarse embarazada antes de la menopausia siempre que quisiera; en el sur, incluso. Y no habría límite para el número de hijos... Los bayderac estaban deseosos de darnos esa medicina. Nosotros sabíamos que sus médicos eran sabios.

Tan pronto como llegaron a nuestro plano, nos dieron tratamientos para algunas de nuestras enfermedades que curaron a nuestra gente como si se tratara de un milagro. Tenían muchos conocimientos. Los veíamos volar en sus aviones y los envidiábamos, y nos avergonzábamos.

»Nos trajeron máquinas. Intentamos conducir los automóviles que nos dieron por nuestros caminos estrechos y rocosos. Enviaron ingenieros para que nos dirigieran, y empezamos a construir una gran autopista recta a través de las Tierras Medias. Volamos las montañas con los explosivos que nos dieron los bayderac para que la autopista pudiera extenderse bien nivelada, de sur a norte y de norte a sur. Mi padre trabajó en la autopista. Durante algún tiempo hubo miles de hombres trabajando en la autopista. Hombres del sur. Sólo hombres. No se les pidió a las mujeres que trabajaran. Las mujeres bayderac no hacen ese tipo de trabajo. Sus mujeres se quedan en casa con los niños, nos dijeron, mientras los hombres trabajan.

Con expresión pensativa, Kergemmeg bebió a sorbos su vaso de ü y miró fijamente hacia el mar iluminado por las estrellas.

—Las mujeres salieron de sus hogares y hablaron con los hombres —dijo—. Pidieron que las escucharan también a ellas, no sólo a los bayderac... Quizá las mujeres no sentían vergüenza como los hombres. Quizá su vergüenza es diferente, más relacionada con el cuerpo que con la mente. No les importaban mucho los coches y los aviones y las excavadoras, ni la gran ventaja que supondría poseer la medicina que nos cambiaría y que cambiaría las reglas sobre quién puede hacer qué tipo de trabajo. Después de todo, entre nosotros, las mujeres cuidaban de los niños, pero ambos padres los alimentaban, los dos se ocupaban de su nutrición. ¿Por qué un niño debe estar sólo con la madre?, preguntaron. ¿Cómo una mujer sola puede criar a cuatro niños? ¿O a más de cuatro? Era inhumano. Y en las ciudades, ¿por qué las familias deben permanecer juntas? Allí el niño no quiere estar con sus padres, y los padres no quieren estar con el niño, todos ellos tienen otras cosas que hacer... Las mujeres hablaron de esto con nosotros, los hombres, y todos intentamos hablar de ello con los bayderac.

»Y ellos dijeron: “Todo esto cambiará. Ya lo veréis. Ahora no podéis razonar correctamente. Y eso es simplemente un efecto de vuestras hormonas, de vuestro programa genético, que nosotros nos encargaremos de corregir. Entonces os liberaréis de vuestros modelos de conducta irracionales e inútiles”.

»Sin embargo, nosotros les respondimos: “Pero ¿nos liberaremos también de vuestros modelos de conducta irracionales e inútiles?”.

»Los trabajadores de la autopista empezaron a soltar sus herramientas y abandonaron las grandes máquinas que nos habían dado los bayderac. Dijeron: “¿Para qué necesitamos esta autopista si tenemos miles de caminos propios?”. Y partieron hacia el sur a través de sus viejos senderos y veredas.

»Todo esto sucedió (afortunadamente, creo) poco antes del final de la estación del norte. En el norte, donde todos vivimos separados, y la mayor parte de la vida se invierte en el cortejo y en hacer el amor y en criar a los niños, somos más cortos de miras, más impresionables, más vulnerables. Justo entonces empezamos a sentirnos unidos. Cuando volviéramos al sur, cuando estuviésemos todos en las Ciudades Bajo el Sol, podríamos reunirnos, aconsejarnos unos a otros, discutir y escuchar los argumentos, y considerar lo que era mejor para nuestra gente.

»Después de hacer todo eso, y de haber hablado con los bayderac y haberles permitido hablar con nosotros, requerimos un Gran Acuerdo general, como se cuenta en las leyendas y en los archivos antiguos de las Torres del Año, donde se guarda la Historia. Cada ansarac fue a la Torre del Año de su ciudad y emitió su voto: ¿debíamos seguir el Camino de Bayder o el Madan? Si seguíamos su Camino, ellos se quedarían entre nosotros; si elegíamos nuestro propio camino se marcharían. Escogimos nuestro Camino —su pico

repiqueteó suavemente mientras se reía—. Yo tenía sólo medio año durante aquella estación. Ejercí mi derecho al voto.

No tuve que preguntarle qué había votado, pero en cambio le pregunté si los bayderac deseaban quedarse.

—Algunos discutieron, otros nos amenazaron —dijo—. Nos hablaron de sus guerras y de sus armas. Estoy seguro de que podrían habernos destruido completamente. Pero no lo hicieron. Quizá nos despreciaban tanto que no quisieron molestarse. O fueron requeridos por sus propias guerras. Por aquel entonces ya habíamos sido visitados por las personas de la agencia Interplanar, y lo más probable es que gracias a ellos los bayderac nos dejaran en paz.

»Muchos de nosotros nos alarmamos cuando entonces acordamos, en otra votación, no aceptar más visitantes. Ahora la agencia sólo les permite venir a esta isla. No estoy seguro de que eligiéramos la opción correcta. A veces pienso que sí, y a veces me pregunto por qué tenemos miedo de los otros planos, de los demás Caminos. No todos tienen que ser como los bayderac.

—Creo que hicisteis la elección correcta —afirmé—. Pero lo digo contra mi voluntad. ¡Me gustaría mucho conocer a una mujer ansarac, a vuestros niños, ver las Ciudades Bajo el Sol! ¡Me gustaría mucho veros bailar!

—Oh, bien, pues eso puedes verlo —dijo, y se puso en pie—. Quizá esta noche hagamos algo distinto de lo habitual.

Se levantó, en la incipiente oscuridad del porche frente a la playa. Enderezó los hombros y su cabeza se inclinó hacia atrás. La cresta de su cabeza se fue convirtiendo lentamente en una pluma erguida, plateada a la luz de las estrellas. Adoptó la postura de los antiguos bailarines españoles, fieramente elegante, tensa y masculina. No saltó, tenía más de nuestros ochenta años, pero hizo un gesto que insinuó un leve salto, y entonces efectuó una reverencia exquisita e intensa. Empezó a chasquear con el pico rítmicamente, golpeó con el pie dos veces en el suelo, y sus pies parecieron fluctuar en un complejo juego de pasos mientras su cuerpo permanecía tenso y recto. Entonces sus brazos se abrieron en un gran gesto de abrazo hacia mí, en el preciso instante en que yo estaba a punto de caerme sentada, asombrada por la belleza e intensidad de su baile.

Y entonces se detuvo y se echó a reír. Le faltaba el aliento. Se sentó y se pasó la mano por la frente y la cresta, jadeando un poco.

—Después de todo —dijo—, no es la estación del cortejo.